

Sufismo musulmán

POR LA MISTICA HACIA ALLAH

MARIE MORALES

NO resulta difícil reconocerlos entre una multitud de universitarios, vagabundos, ejecutivos, artistas-vendedores callejeros y, en fin, la gran masa heterogénea que constituye la población granadina. El estigma es, generalmente, la pequeña barba y bigote poco crecidos y perfectamente recortados y, siempre, cierto aire de beatitud en el rostro. En cuanto a ellas, la identificación corre aún menos riesgo de confusión. El elemento más significativo y definitorio es el largo pañuelo cubriendo la cabellera en su totalidad, muchas veces hasta media frente a la manera musulmana, o al estilo más europeo. De cualquier forma, este elemento de su atuendo junto al decoro en el vestir en el sentido de cierre hermético de todas las ventanas al cuerpo desnudo—escotes, mangas cortas, faldas o pantalones insinuantes—, te permitiría saber sin palabras que te encuentras ante una faqira de la comunidad sufi Darqawi.

HACIENDO HISTORIA

Recordemos en primer lugar que una comunidad sufi se diferencia de cualquier otra musulmana por su carácter místico y su principio de la autoaniquilación como única forma de unión con Allah. Pretensión ésta descabellada a los ojos musulmanes, así como signo evidente de la soberbia humana. Si en otro tiempo los sufis eran decapitados por los musulmanes ortodoxos aún hoy se dan importantes enfrentamientos entre ambas tendencias hasta el punto de verse expulsados muchas veces los místicos y serles prohibida la entrada en las mezquitas. Existen, además, diferentes tariqas o comunidades sufis, dependiendo del shayj o maestro en la tierra reconocido por cada una de ellas. El caso que nos ocupa se trata de la tariqa que sigue los pasos y enseñanzas de Abd al-Qadir as-Sufi, presumible Qub (maestro universal, el

que alcanza la perfección, reconocido siempre a su muerte por el resto de los shays) de la época actual—nunca se da más de uno a un mismo tiempo—, a juicio de sus seguidores.

En cuanto al nacimiento de la comunidad en nuestro país, se remonta aproximadamente seis años atrás, cuando tres personas originarias de Puertollano regresaban de un viaje por Inglaterra, en el transcurso del cual se habían convertido al islam y hecho miembros de esta tariqa. Aunque instalada primeramente en Sevi-

lla, la comunidad—formada exclusivamente por hombres a lo largo de los tres primeros años, tal vez debido al choque que supone para la mentalidad de la mujer occidental la adaptación al rol que se le exige y al que me referiré repetidamente más adelante—se trasladó después a Córdoba y más tarde a Granada donde, a juicio de Abd al-Qadir as-Sufi, la baraka o energía positiva que se transmite de un cuerpo a otro es considerablemente fuerte y permanece en el aire, la arquitectura y las calles de la ciudad, lo que equivale a asegurar de alguna manera que en Granada el espíritu musulmán permanece vivo.

En la actualidad la comunidad sufi Darqawi cuenta con unos 150 miembros de los cuales sólo aproximadamente la cuarta parte son mujeres. Cifra ésta a la que va sumándose una media de cinco a diez personas más mensualmente. Estas personas se ocupan, además de la oración—y del servicio al marido en el caso de la faqira casada—en actividades concretas en sus propios centros de trabajo como son los talleres de orfebrería, cuyos productos se venden por las calles principales de la ciudad, un horno de pan, un laboratorio fotográfico, una imprenta donde se componen los libros que luego se sacarán a la venta y se hacen trabajos de diseño e impresión para la calle. Esto se procura que sea así porque se hace difícil vivir islam y trabajar a un tiempo para el mundo exterior. Como cumplir con las oraciones y desvincularse de todas las tensiones del mundo cuando existen horarios estrictos de trabajo y la adoración indiscriminada hacia tantos dioses en la sociedad que nos envuelve, comentaba un faqir con un simpatizante de la comunidad junto a sus lindos espejos y teteras al estilo árabe, contruidos por él mismo, o importados de Marruecos, en uno de los puestos ambulantes de la Carrera del Genil.

Es importante hacer mención, por último, a la recién adquirida parcela enclavada en uno de los flancos del mirador de San Nicolás, magnífico lugar bajo el cual se extiende la ciudad de Granada y desde el cual puede observarse la mejor perspectiva de la majestuosa Alhambra y el Gene-





Vista panorámica de Granada, ciudad en la que se ha establecido la comunidad sufi Darqawi, secta islámica disidente que sigue los pasos y enseñanzas de Abd al-Qadir as-Sufi, su maestro en la tierra.

ralife, reservada dicha parcela para la futura edificación de una mezquita.

Cuál es el soporte económico de todo esto, si existe o no capital exterior que le respalde, éstas son preguntas sin respuesta para los miembros de base de la comunidad, si bien algunas de estas personas reconocen la existencia en un principio de unas ayudas económicas considerables, de origen no muy definido.

ESTRUCTURA SOCIAL

Hacerse miembro de la comunidad es sencillo. Sólo es necesario comunicar el deseo de convertirse al islam al emir o cualquier otro miembro de la tariqa. Ante éste y dos testigos masculinos más como mínimo (o cuatro femeninos, siempre dos mujeres suplantarán la ausencia de un hombre), la persona interesada recitará la shahada o versión original en árabe del reconocimiento de que no existe más Dios que Allah y Mahoma es su profeta. Entonces el emir enunciará un nombre bajo el cual será denominada a partir de ahora la persona convertida. Es el principio de una nueva vida, a partir de ahora todo lo que queda atrás constituye un pasado lejano.

Este ritual hace recordar al bautismo cristiano al igual que la elección del Qub al proceso de santificación en la religión oficial de nuestro país. De hecho existe una larga serie de rasgos comunes entre ambas concepciones de la vida, como iremos viendo más adelante.

Aunque en el apartado anterior me he referido a los miembros de base, tengo que decir que en teoría la

comunidad no acepta tal separación. No existe sacerdote o fiel con mayores atribuciones como ocurre en el caso del cristianismo, sino que todos los miembros (sin olvidar que los círculos masculino y femenino son entendidos como realidades diferentes que cumplirán de diversa manera su función y destino) pertenecen a una misma clase. Ello no impide que exista un shayj reconocido a escala internacional (la tariqa se extiende por diversos países de Europa, América, África y Asia); un emir en cada ciudad que se ocupa de los asuntos de administración, relaciones entre los miembros, celebración de matrimonios, conversión al islam, etcétera, aunque, en su ausencia cualquier otro faqir capacitado pueda realizar estas atribuciones, así como las del imán, que en principio es el encargado de dirigir la oración. Otra figura relevante es la del mudaqem, cuya responsabilidad es el cuidado de la zawiyya, magnífica casa del shayj a la vez que centro de oración cuando no se cuente con una mezquita, como es el caso actual de Granada.

Todo ello viene a negar de alguna manera el principio de la igualdad y no jerarquía ya que la repartición de funciones se traduce en la práctica en la clasificación además de un reconocimiento especial para con las personas encargadas de ellas. Asimismo existen unas figuras sobresalientes en cuanto a lo que se entiende como la escala de perfección o camino hacia Allah.

Es fácil comprender, por tanto, que entre las mujeres sí existe esa tendencia hacia la igualdad, ya que para ellas no existe cargo alguno (a excepción de ser mujer del shayj, mujer del

emir, mujer de...) como no existe valoración de su escala de unión con Allah. La perfección o unión con Allah es aspiración exclusivamente masculina (de hecho no ha existido nunca una mujer Qub. Ni siquiera una shayj, una emir y mucho menos una profeta, en lo que coincide con el resto de las religiones), por el contrario, la mayor posibilidad de acercamiento al Todopoderoso viene dada a través del éxito en la dedicación y servicio al marido. Hay que recordar en este punto que el Corán recoge la voluntad de Allah según la cual «cada mujer que muere, si su marido ha estado contento con ella, entrará en el paraíso».

ANECDOTAS SIGNIFICATIVAS DE LA VIDA COTIDIANA

1.-Prohibida la entrada

No resulta difícil su identificación entre la multitud. Observé su expresión concentrada y ausente bajo el pañuelo de vivos colores y cierto aire exótico. Me dirigí hacia ella, que ordenaba sobre su mesa plegable los pendientes, collares, pulseras y pañuelos similares al que cubría su cabeza, de venta al público. Por favor, le dije, ¿puede indicarme la dirección de la zawiyya? Me miró con cierta desconfianza, lo que me desconcertó un poco en principio. ¿Para qué?, respondió secamente. Le conté. Bueno, está en la Albaicín, me dijo, en San Gregorio Bajo. Pero no podrás entrar, está prohibida la entrada a las mujeres. Me pareció entender entonces por qué le había sorprendido mi interés por la zawiyya, no obstante sonreí incrédula. ¿Tú no vas allí, ni siquiera a hacer las oraciones? Antes sí, me explicó, pero no desde hace algún tiempo, estamos castigadas. Seguí sonriendo, esta vez con simpática curiosidad hacia algo que aún no te acabas de creer. ¿Castigadas, por parte de quién ese castigo? Los hombres, dijo ella con evidente seriedad y manifiesta vergüenza. ¿Pero por qué?, insistí. No sé, no lo sé, repitió una vez otra vez. Mi sorpresa fue grande cuando alguien me explicaba más tarde que el motivo había sido el incumplimiento del servicio de cocina que les había sido encomendado a ellas, para alimento y reposición de fuerzas de los oradores en vías de Allah. Más tarde, sin embargo, comprendí que más que motivo se trataba de la excusa. También esto había sido tenido en cuenta por Allah, y habló por boca del Enviado, «el mejor sitio para la mujer es su casa».

HACIA ALLAH

Y es que no es casual el hecho de que no existan más motivos de reuniones comunes que las bodas importantes —las realmente festivas, cuando la novia es una virgen, no una divorciada—, entierros —unión definitiva con Allah— y, en su caso, la oración. Y ocurre que en este último caso existe el peligro de convertirla en una forma de convivencia de sexos proseguida y no de ratos excepcionales como en las otras ocasiones. Y ello no es conveniente. Cuando estás con un hombre, cuando te diriges a él en una conversación sobre ciencia, religión, trabajo, sea lo que sea, inconscientemente le estás transmitiendo tu belleza, y eso es lo que se trata de evitar. Jadya se detuvo un momento pensativa, luego continuó: ¿Entiendes lo que significa el hecho de cubrirse con el pañuelo? Quizá no te has dado cuenta pero el pelo suelto despilfarra demasiada energía. Hace más hermosa ¿verdad? Y como en un intento de ratificar sus palabras se desprendió del pañuelo y trató de hacer volar su pelo en libertad, como para volver a él su natural soltura. El pelo suelto invita a exhibirse, continuó. Obras mal a la vez que provoca que otras personas obren mal. Obstaculiza el camino y hay que protegerse contra eso... Pero yo ya había dejado de escucharla, miraba sorprendida esa nueva imagen de Jadya en la que descubría a alguien mucho más cerca de mí de lo que las circunstancias nos permitían aceptar. Veinticinco años, Sevilla, Barcelona y un montón de experiencias similares. Y ahora costaba tanto trabajo creerlo.

2.-Obediencia y servicio, protección y respeto

Ellas aceptaban como algo natural la guía del marido o el hecho de que el testimonio de un hombre valga por el de dos mujeres en los procesos judiciales por ejemplo (las mujeres somos más olvidadizas, nos fijamos menos en las cosas), o que en caso de herencia una mujer de la misma línea familiar que el varón reciba siempre la mitad que éste (nosotras tenemos las manos más largas para el despilfarro). Tuve la impresión de que se trataba de justificar de alguna manera lo que denominaban menudencias, ya que lo único importante es la existencia de Allah y su palabra, y cuando El lo había establecido así por algo sería. Allah y sólo El sabe lo que es lo mejor (a menudo se repite en el Corán en diferentes maneras, «El lo sabe todo, tú eres ignorante») e intentar comprenderlo con el cerebro, utilizar la inteligencia, es un gran error. No hay

más camino hacia Allah que el del corazón, lo que está perfectamente simbolizado en la flexión humilde, tocando la frente al suelo en señal de abandono de la razón y de entrega absoluta. Hablábamos de todo ello cuando atrajo mi atención especialmente la expresión de una mujer sumamente concentrada y fuera de contexto. ¿Te ocurre algo?, le pregunté. No, casi sonrió. Le pasará, dijo alguna voz por ahí, se va a casar. ¿Te vas a casar?, repetí tontamente. Sí, respondió Hicsan bajando los ojos. Cuéntame, le pedí realmente interesada. No le conozco, dijo ella. Yo no sabía qué pensar. ¿Y cómo es que no conoces al hombre con quien vas a casarte? Hicsan me explicó. Mohammed le había comunicado al emir que quería casarse y que le aconsejara con quién debía hacerlo, así que el emir, o más exactamente su mujer que es quien nos conoce realmente a nosotras, opinó que yo sería su mujer adecuada, y me lo propuso. El y yo fuimos invitados a tomar el té a casa del emir y así fue como nos conocimos y decidimos que estábamos de acuerdo con su voluntad. En estos momentos la inspiración suele venir de Allah así que hay poco miedo a equivocarse. A partir de ahora tenemos que evitar encontrarnos hasta la boda. Así que como no existe noviazgo, y para evitar tensiones, la boda suele realizarse poco después de haberse comprometido una pareja. El emir decide la fecha.

También cabe la posibilidad de que la elección parta del faqir interesado o de la faqira. En ese caso igualmente hay que comunicárselo al emir o su mujer, según de que sexo parta la iniciativa, tras lo cual él lo pondría en conocimiento de la persona elegida (Hicsan, Mohammed te ha pedido en matrimonio. O, Mohammed, Hicsan...). También habría que celebrar la reunión de té para decidir por parte de la persona solicitada si aceptar o no dicha petición. Tras la inspiración de Allah, la boda se celebraría o no (casi siempre suele celebrarse).

Yo no conseguía salir de mi asombro, había enmudecido. Finalmente conseguí reaccionar. Oye, ¿tú de dónde eres? De Valencia. Y tienes más de veinte años. Exactamente veintisiete. ¿Y esto lo ves lógico?, me refiero a esta forma de llevarse a cabo los matrimonios. Me miró pensativa un instante, luego respondió. Tú crees que conoces a un individuo porque has hablado con él días y noches enteras, y a lo mejor hasta habéis hecho el amor. Pero no es así. No sabes nada, o muy poco. Yo sé lo suficiente. Sé que es musulmán, su forma de ver la vida, todo lo que acepta, todo lo que rechaza. No tengo miedo.

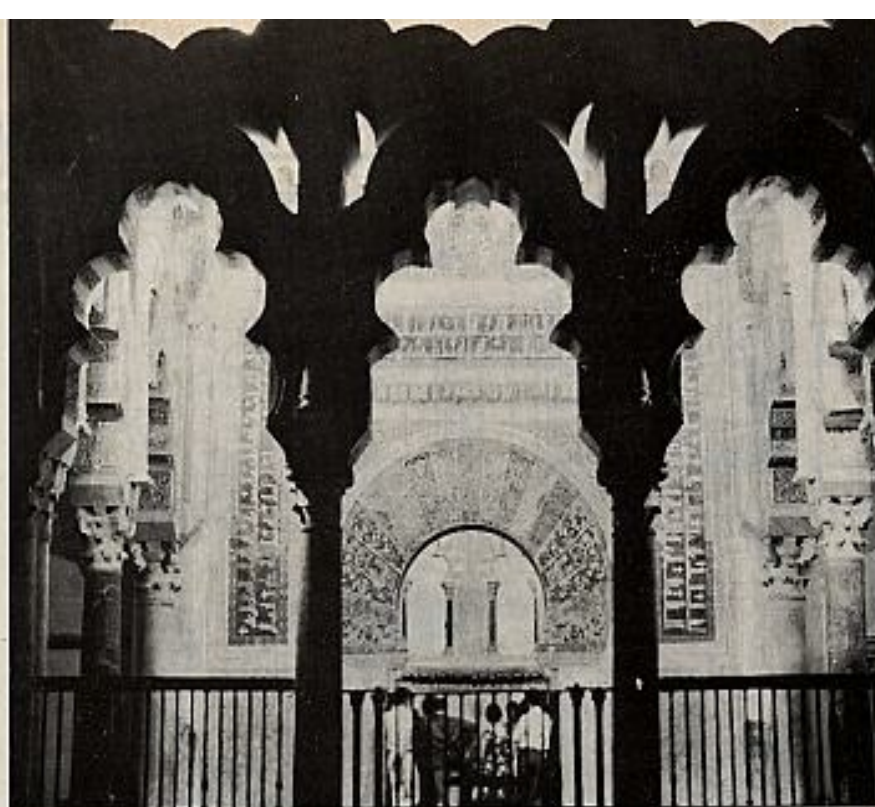
De cualquier modo hay que explicar aquí que las relaciones con el marido nunca van a ser demasiado intensas ni continuadas, un enamoramiento excesivo, meterse demasiado en el pensamiento del hombre equivale a interferir en su camino hacia Allah. Por esto es preferible que los hombres pasen la mayor parte del tiempo reunidos entre sí, en la zawiyya, y lo mismo ocurre con las mujeres, que acostumbran a reunirse sucesivamente en casa de alguna de ellas (hasta hace muy poco, y aún hoy en algunas zonas, ésta ha seguido siendo la tradición en el mundo que en su tiempo constituyera al-Andalus: las reuniones de hombres en el trabajo o en el bar, en torno a unos vinos o unos whiskies, según el poder adquisitivo, y las mujeres en el mercado o a la hora del café. Las nuevas profesiones esencialmente femeninas como son la distribución de productos Avón, Stanhome, etcétera, parecen seguir en la misma línea de perpetuación de esta tendencia, bajo el nuevo colorido de la imagen de la mujer moderna y actual).

Por otra parte, la función de la mujer es seguir al marido y colaborar en su felicidad hasta el punto de aceptar sumisamente y con agrado la existencia de otras mujeres en su casa. La poligamia, hasta el número de cuatro mujeres a la vez, le está permitido al varón. La faqira tiende a ofrecerse incluso a colaborar en la elección de la nueva mujer o mujeres, convencida de que cuanto más se engrandezca la felicidad del marido se multiplicará la suya propia.

Por todo ello, Hicsan no tenía miedo, por el contrario entraba en nuevo plano de servicio a Allah.

La boda debería celebrarse con el sacrificio de un gran becerro que sería ofrecido a la comunidad como manjar en una espléndida fiesta. Ante el imán y dos testigos masculinos como mínimo (dos mujeres sustituirían a cada hombre en el caso de que ninguno de ellos pudiera asistir) el novio se comprometerá a proteger y respetar a la esposa al tiempo que le ofrece un recipiente con leche y dátiles como símbolo de que siempre le proporcionará comida. Entonces ella aceptará el compromiso de obediencia y servicio para con él. La mujer le seguirá siempre donde quiera que él vaya.

La celebración será diferente en el caso de que la novia se trate de una mujer anteriormente casada y divorciada. Se habrán dejado pasar tres meses como mínimo después de la ruptura del anterior matrimonio para contraer otro nuevamente y bastará entonces con que los dos testigos presencien ante el emir o, en su ausencia cualquier otro faqir capacitado, los



La tariqa, o comunidad, sufi se fundó en España hace seis años y reside en Granada desde hace tres, porque en esta ciudad andaluza, el espíritu musulmán permanece vivo. En la foto, la Alhambra granadina.

compromisos adquiridos por ambas partes. No es necesario la celebración de fiesta alguna, en este caso.

3.-Vivir el ejemplo

El *hádiz* es la narración de las tradiciones de la *sumna* y la *sumna*, aunque antes de Mahoma trataba de las costumbres normativas de la antigua sociedad árabe, después del profeta viene a referirse exclusivamente a los dichos, hechos, gestos, hábitos y, en suma, modo de vida del último enviado de Dios, atestiguado por sus familiares y contemporáneos. Y ésta es la base sobre la cual pretende alzarse la comunidad sufi *Darqawi* ya que considera que este modo de conducirse en la vida, si fue elegido por el Profeta, debe ser el más adecuado tanto en su tiempo como en cualquier otro, trascendiendo a supuestas limitaciones por causas culturales e históricas.

Se trata, pues, de hacer propio el ejemplo de su vida, de ahí, entre otras cosas, que la vida se haga en su mayor parte cerca del suelo, cubierto generalmente por alfombras o moqueta y abundantes cojines. En el suelo las comidas en torno a una gran fuente que será compartida por el grupo de comensales sin necesidad muchas veces de cubiertos (antes de la comida, una fuente con agua y una toalla irán pasando por todo el círculo de comensales sucesivamente, para lavar y secar las manos). En el suelo las oraciones, los cánticos, las reuniones. Por todo ello, por razones estrictamente higiénicas, los zapatos deben

ser abandonados a la entrada misma de la casa, junto a la puerta.

La hospitalidad y la solidaridad entre los miembros de la *tariqa* es notable, en todos los sentidos y en cualquier momento. Suele ocurrir, por ejemplo, que, al final de las reuniones de té o para las oraciones en casa de alguna mujer, vuelen y se entrecruzan en medio de los besos y despedidas las invitaciones para la próxima comida. Aísa puso su mano en mi hombro para llamar mi atención y pedirme que la acompañara en la comida del día siguiente. Naturalmente dije que sí. Me atrajo sobre todo la idea de conocer una casa de matrimonio (ya había estado en más de una casa de solteras y, desde luego, lo que ya no podía caber entre mis pretensiones era introducirme en una casa de solteros). Cuando llegué Aísa ya estaba trabajando en la cocina evidentemente desde hacía un buen rato. Ágil y segura se movía entre los cacharros de cocina a la vez que dirigía miradas y gestos de atención del arroz a la verdura hervida, a las salsas y a la revoltosa criatura de seis meses, sobre los mullidos cojines en el suelo. Quise ayudar, pero me explicó que durante los tres primeros días una invitada no puede colaborar en los trabajos domésticos. Luego fueron llegando otras *faiquiras* y, finalmente, la comida estuvo a punto. Y entonces se escuchó el sonido de la puerta al abrirse, tímidos zapatos que escapan de los pies y corren a reunirse en su lugar, junto a la puerta, y voces apenas (el tono de la voz, como el movimiento mismo de sus cuerpos, siempre es lento y suave), y Aísa aban-

donó un instante la cocina. Cuando regresó supimos que su marido trafa consigo a varias personas más de las esperadas.

Por primera vez sentí un extraño nerviosismo ante la supuesta inmediata ocasión de sentarme frente a frente con ellos y charlar. Iba a conocerlos, eso era algo excepcional y excitaba mis nervios de forma incontrolable, como imaginé que debían sentir ellas y ellos en las escasas situaciones de encuentro. Sin embargo, me pareció que subían silenciosamente la escalera hacia el piso superior mientras Aísa acomodaba la comida en sus mejores bandejas y se disponía a subirla. Ellos comerían en una estancia aparte. Comprendí que ésta tampoco sería la ocasión. Poco después Aísa había conseguido improvisar algo rápido para nosotras, a la vez que se ocupaba de los postres para ellos, de su té, de ofrecerle la leche de su pecho a la criatura y, en fin, de los ciento y un detalles propios de una anfitriona.

Casualmente yo me había sentado de espaldas a la pared, frente a la puerta, de forma que pude ver con claridad a un muchacho que bajaba las escaleras. Probablemente él también observó mi cabello suelto, lo que influyó de alguna manera, pero el hecho fue que él se detuvo en el umbral de la puerta, oculto por la pared, y esperó a que Aísa descubriera su presencia. Aísa se había descuidado un poco, los hombres esperaban el té.

Cuando dejé la casa no había conseguido conocer ni un solo detalle más del universo masculino de lo que sabía cuando entré en ella. Ni siquiera quiénes o cuántos habían estado comiendo a la misma vez que yo bajo el mismo techo. Por otra parte había llegado el momento de abandonar Granada, así que me dirigí a casa de Irene en busca de la mochila.

Antonio me abrió la puerta con un cigarrillo de maría de su cosecha particular entre los dedos, luego se dejó caer pesadamente sobre el sillón. Irene ordenaba meticulosamente y acababa de poner al día los últimos apuntes de bioquímica y, en una de las habitaciones, Liliana y Andrea hacían el amor. Momentos más tarde celebrábamos la despedida bebiendo mate e intercambiando opiniones acerca de mi trabajo, de la buena calidad de la maría, de los grandes errores —menudencias, dijo Antonio— en el enfoque de la revolución cubana. Marina volvió de su trabajo en la casa de masajes y, después de la octava ducha del día, se dejó caer sobre el sofá contándonos las mil anécdotas de su vida cotidiana. Luego acabé de recoger mis bártulos y eché a andar hacia la carretera. ■ M. M.